

mente lo necesario para sus gastos, más un sobrante casi fijo en numerario, y con esto les basta y sobra, sucediendo además que en la generalidad ni siquiera ellos personalmente atienden á su giro, confiado á un administrador no muy ampliamente pagado: allí no hay más gasto no común que el de la modista y el sastre, y el del abono á compañías de ópera, drama, comedia ó variedades de algún mérito. Es un buen modo de conservar un capital sin preocupaciones para conservarle. En cuanto á los *ricos nuevos*, los que disfrutaban de capitales hechos por ellos mismos, son aún menos afectos á diversiones y recreos sociales: estos opulentos improvisados saben bien el trabajo que les ha costado enriquecerse, y no están dispuestos á emplear el producto de sus sudores en obsequiar á los demás. Los *ricos de verdad*, los que lo son porque lo heredaron y porque siempre lo han sido, no se divierten por indolencia: los ricos nuevos, los improvisados, los que cubren el plebeyo cobre de que están formados con un más ó menos grueso baño de plata, no se divierten por egoísta economía. Aquéllos no se divierten porque no quieren divertirse; éstos no se divierten porque no saben divertirse, y de todo ello resulta que no existe en todo el universo una sociedad menos animada que la sociedad mexicana. Quizás los opulentos por herencia y por abolengo no abren sus inútiles salones por no tener que dar entrada en ellos á los ricos improvisados; quizás éstos no abren los suyos por temor de que aquéllos les hagan el desaire de no querer honrar sus invitaciones. La clase media, la que vive de pequeñas rentas ó de sus empleos y trabajo diario, no quiere divertirse modestamente; cuando algo inicia, lo realiza gastando más de lo que puede, y el miedo á la deuda de mañana le hace abstenerse de sacrificios semejantes. Por todo esto cuando se verifica una fiesta á la que todos, los unos y los otros indiferentemente, pueden concurrir, falta en ella la homogeneidad; la división aparece pronunciada, tangible por así decirlo, y si la limitación y la selección en las invitaciones no pueden ser completas, el conjunto de los reunidos aparece abigarrado. Pero abandonemos este tema que no es para tratado en pocas líneas y por incidente y á la ligera.

Volvámonos á los teatros, sin deternernos sino lo muy indispensable en nuestras plazas de toros, cada día más animadas y bulliciosas, ya por la llegada de Hermosilla, que por más *artista en su arte* quitó mucho prestigio á *Cuatro Dedos*, ya por el arribo del famoso Mazzantini, que dando al olvido las heridas que su amor propio recibió en su primera corrida en la Plaza de San Rafael, se dignaba volver á visitarnos con sus *alternativas* Valentín Martín y Gabriel López, alias *Mateito*, sus banderilleros *Regäterín*, *Regatero*, Tomás Mazzantini, *Galea*, *Corito*, Ramón López, y sus picadores *Badila*, *Agujetas*, *Cantares*, y *Sastre*, más el puntillero *Montañés*. Puede quien

guste rectificar esa curiosa enumeración, aumentándola ó disminuyéndola ó sustituyendo unos á otros, pues no quiero hacer aquí historia del toreo, que sólo traigo á cuento para haber de decir á su tiempo cómo algunos de esos personajes hubieron de improvisarse *actores* en los teatros de la Capital.

La *cuadrilla* de Luis Mazzantini se presentó en la Plaza de Colón el Domingo 11 de Diciembre del referido 1887. No asistí á esa corrida y no tengo á mano ninguna revista de ella, pero sí conservo dos recortes de *El Monitor del Pueblo* y de *El Partido Liberal* que refieren lo que sigue. Dice el del primer periódico citado:

“A pesar de las precauciones que se habían tomado el domingo último para evitar cualquiera demostración hostil hacia el diestro Mazzantini y demás toreros de su cuadrilla, no pudo evitarse que terminada la corrida y cuando se disponían á salir de la plaza, algunos *pelados* reunidos en las puertas diesen algunos gritos arrojando piedras. Afortunadamente la gendarmería montada logró aprehender algunos, restableciéndose momentáneamente la calma, y pudiendo los toreros acomodarse en los coches que los esperaban. El primer coche, ocupado por Mazzantini, iba escoltado por una sección de gendarmería montada; luego seguían otros dos coches conduciendo al resto de la cuadrilla y detrás un acompañamiento de *pelados*; al llegar al “Caballito,” la escolta tuvo necesidad de dar una carga, pues comenzaban á llover las piedras; una de ellas alcanzó á Mazzantini en la espalda sin que afortunadamente le hiciese daño; otras cayeron en los demás coches. La policía detuvo á muchas personas cogidas en el momento de arrojar los proyectiles, y según nos informan, ayer mismo fueron despachados para Yucatán varios de los alborotadores, asegurándonos que algunas otras personas detenidas por igual motivo harán un viaje más largo.”

El párrafo del *Partido Liberal* sobre el mismo asunto, añadió otros pormenores que merecen ser conocidos, y son los siguientes:

“Al salir los toreros y Mazzantini de la plaza de toros, se dirigieron al Hotel Gillow, pero al llegar á la calle de Patoni, un populacho inmenso que seguía el coche á pesar de haberlo escoltado más de veinte gendarmes á caballo, gritó *mueras* á Mazzantini y le arrojó multitud de piedras que felizmente no ocasionaron el mal que quizá se propusieron los que las arrojaban. El Sr. Gobernador del Distrito á quien vimos desafiar el peligro por defender á los toreros, estuvo expuesto á ser herido y se salvó gracias á la actividad y energía que usaron los gendarmes, lo que merece los mayores elogios. Ya los toreros en Gillow, se aglomeró el populacho frente á aquel edificio y gritó *mueras* á su gusto. Allí vimos al Sr. Ignacio Bejarano herido de una mano, lo que le sucedió al quitarle á un leperillo una *punta* con la que se le fué encima con intención de darle una puñalada al

oficial mayor del Distrito. Al Sr. Bejarano secundó muy bien el oficial de policía Sr. Lagarde, habiendo cumplido satisfactoriamente este subalterno. A las siete de la noche los grupos de las calles de San José el Real y Cinco de Mayo, se disolvieron y nadie se ocupó más de Mazzantini. Los presos fueron diez y ocho por diversas causas."

La enérgica actitud de las autoridades consiguió que esos alborotos no se reprodujesen, máxime cuando no tenían fundamento alguno pues parece que toros y toreros se portaron bien, resultando muy brillante el espectáculo; la asistencia á él valía, al menos en las primeras tardes, *cinco pesos* en tendido ó grada de sombra, y *dos* en grada de sol. Como individuos particulares, todos los de la cuadrilla del *diestro* español portáronse correctamente sin ofender ni molestar á persona alguna, y procurando captarse simpatías. Luis Mazzantini, hombre educado y de sociedad, con una carrera civil, la de telegrafista, para la que en Madrid hay escuela especial sostenida por el Gobierno, era y había sido siempre un caballero. Su dedicación al arte del toreo, databa de pocos años atrás, y abrazó esa profesión después de haber adquirido y ejercitado otra muy diferente, de la que varios años vivió. Su ingreso en el número de los lidiadores fué muy sensacional y muy comentado, por lo mismo que no siempre había figurado en esa clase. Su habilidad, destreza y sereno valor, diéronle nombradía *como espada*, y pronto acumuló riquezas que empleaba honradamente en el sostén de personas de su cariño, y en numerosas obras de beneficencia. De alguna de ellas mientras estuvo en México, dijo el escritor Enrique Chávarri en una de sus crónicas, lo que con gusto copio á continuación:

"Mazzantini prosigue en su puesto de héroe del día; cuentan de él los episodios más novelescos, llama la atención en donde quiera que se presenta. Un amigo mío, persona formal, me ha contado el siguiente rasgo del valiente torero: Salía hace pocos días del hotel de Iturbide acompañado de su hermano, otro diestro de gran renombre, y de improviso le salió al encuentro una señora preguntándole:— ¿Es vd. el Sr. Mazzantini?— Servidor de vd., le contestó con toda política. Entonces la señora le contó una lastimosa historia; cómo, habiendo gozado ella en otro tiempo de desahogada posición, estaba reducida á la miseria, y cómo habiendo llegado á su noticia la munificencia del diestro español se había decidido, venciendo su vergüenza, á pedirle que la auxiliara en su terrible y desesperada situación. El acento de la señora era tan conmovedor y tan lamentable la situación que refería, que Mazzantini no vaciló, tomó de su cartera un billete de á cien pesos y lo entregó á la desdichada, y en seguida recomendó á su hermano que en un coche acompañara á su protegida á su casa, que se informara si algo debía de renta, y que le pagara un año de alquileres. Algunos rasgos así se cuentan del primer espada, que

parece un Montecristo, según lo que gasta el dinero y da espléndidas propinas y hace no pocas caridades."

Es satisfactorio poder consignar y aplaudir hechos semejantes.

Los demás espectáculos, especialmente los del género dramático, arrastraban en tanto lánguida vida, sin producir ni lo necesario para que los actores se mantuviesen. La pobre Compañía del Principal, decía Chávarri, no levanta cabeza: aquellos apreciables artistas trabajan para las bancas, que si tuvieran alma, aplaudirían tanto sacrificio y tanta perseverancia. La otra compañía, la del Teatro Nacional, muy poco hace también y el salón está que da lástima: el jueves último, 15 de Diciembre, tuvo lugar el beneficio de la primera actriz Carmen Alentorn, con medianísima concurrencia, aunque se estrenaba una obra del Sr. Ulloa, titulada *El último Drama*, escrito en correcta prosa y con situaciones dramáticas de notable efecto. El autor fué llamado á la escena y la beneficiada recibió muchos obsequios y muchos aplausos á falta de algo más positivo.

Pensando con superior ingenio en el modo de huir de un tal fracaso material, el distinguido actor mexicano Francisco Solórzano dejó de andar buscando comedias nuevas, que fueren de quien fueren, no llamaban por entonces la curiosidad del público, y dispuso para su beneficio y para la noche del 22 del mismo Diciembre, el drama de Echegaray *Dos Fanatismos*, y la pieza cómica *Echar la llave*, tomando parte en ésta nada menos que Luis Mazzantini.

Por fortuna, la excitación de los primeros días habíase calmado ya: los que errando la senda del patriotismo proclamaban que el verdadero *arte* del toreo era el de México y Ponciano su profeta, iban convencidos de que ese espectáculo genuinamente español debía jugarse á la española, y ya en la corrida del 18 no hubo escándalo alguno y las *suertes* de la cuadrilla del famoso diestro fueron celebradas y aplaudidas sin reserva. Mazzantini ocupaba sin disputa el trono de héroe del día, dijo Chávarri, y era de ver la multitud de curiosos que los domingos, antes de salir *el espada* para el circo de Colón, estacionábanse á la puerta del hotel Gillow para tener el gusto de verle montar en su *victoria* y partir á gran trote, escoltado por gendarmes de á caballo. A sus corridas asistía buena y numerosa concurrencia que celebraba la destreza de la cuadrilla, la bravura de los toros y lo acertado de las suertes; "la animosidad en contra de Mazzantini y su cuadrilla va pasando, lo cual es de aplaudirse, añade el cronista, porque nada más bárbaro ni inmotivado que esa especie de *vendetta* que se había levantado en contra del valiente torero."

Fué, pues, oportunísimo el recurso ideado por Francisco Solórzano para animar su función de gracia, y prodújole pingüe resultado. "El gran teatro, continúa diciendo Chávarri, estaba lleno, más que lleno, repleto, no había una sola localidad desocupada; nuestro público se

olvidó de todo, hasta de la diversión de *las Posadas*, para ir á contemplar sobre la escena al elegante torero, por ver si con tanta maestría da un *volapié* como pisa el foro. Como en sus mejores noches estaba el jueves el gran teatro; no obstante que los precios de entrada no eran muy moderados, había, repito, lo que se llama un lleno. Los espectadores estaban impacientes porque terminara el drama, ya demasiado conocido y que no podía ser desempeñado acertadamente con los escasos elementos de que disponía la compañía Solórzano: se distinguió no obstante la joven actriz Srita. Carreras, enteramente desconocida, humilde y modesta, pero de excelentes aptitudes.

“Pero lo principal, á lo que la gente iba, era á ver á Mazzantini sobre la escena; así, pues, no sin bastante sensación se vió alzarse el telón para la pieza final. Después de dos ó tres escenas apareció, al fin, el héroe de la función: Mazzantini representaba el papel de un vecino medio *alegre* que equivoca la puerta de su cuarto y se cuela en la habitación de una dama, á mayor abundamiento casada. Desde luego se ve que el torero-actor viste con elegancia, y que tan bien sabe llevar la casaca como la chaqueta. Un aplauso unánime, ruidoso, prolongado, le saludó al presentarse: todo el teatro tenía en él fija la mirada, y se oían con religioso silencio sus palabras. Mazzantini no es un gran actor ni de ello presume, pero estuvo bien en el gracioso papel; acciona con naturalidad, pisa las tablas con desembarazo, y declama sin afectación. El respetable público estaba contentísimo, y apenas podía convencerse de que aquel actor fuese el mismo que en el *redondel* desafía la cólera del toro y le obsequia con un pinchazo por todo lo alto; de ahí que á cada momento se oían los más atronadores aplausos; no puede quejarse *el diestro*; al contrario, puede decirse que cada una de sus palabras fué aplaudida. La cara rasurada y su peinado á la torera hacían contraste con su elegante traje de etiqueta, que, como he dicho, lleva con donaire. Sabía perfectamente su papel, y esto le ayudaba mucho para decirlo bien. Parece ser que Mazzantini se aviene mejor en la escena al género gracioso, que es seguramente el que ha cultivado en sus aficiones. Tampoco era la primera vez que salía á las tablas: en la Habana y en España ya había recibido ruidosos aplausos, trabajando como actor. México no olvidará que su primera salida en nuestro teatro fué en beneficio de un artista mexicano.”

CAPITULO V

1887—1888.

Antes de pasar á hacer la reseña de nuestros espectáculos en 1888, debemos, como un eco de su predecesor el de 1887, referirnos á la brillante función que en la noche del 23 de Diciembre dieron en su Circo los filántropos Hermanos Orrin á beneficio de la institución llamada *Casa amiga de la Obrera*. Ese humanitario asilo tenía por objeto recoger, alimentar é impartir la instrucción primaria á los hijos de las obreras, mientras ellas atienden á los trabajos de su oficio, y fué fundado en principios de dicho Diciembre por la admirable dama y singular dechado de perfecciones y virtudes Sra. D^a Carmen Romero Rubio de Díaz. No es su elevada posición social la que este elogio me dicta. Antes, mucho antes de que la Providencia, tan pródiga con ella en beneficios, la pusiese á la altura en que se encuentra, la conocíamos y la adorábamos en esta mi familia que siempre ha tenido en la suya una de las más firmes y buenas amistades, y una inagotable fuente de protección. No; no es la esposa del Presidente de la República la que nos dicta nuestras humildes frases de elogio: nunca la hemos visto ni visitado con tanta frecuencia como antes de que lo fuese y pudiera sospecharse que el ángel que aleteaba en aquel ambiente de santidad que rodea á su ejemplar madre D^a Agustina Castelló de Romero Rubio, tendería sus alas de oro sobre la persona de uno de sus más ilustres gobernantes que ostentar puedan las más felices naciones del Universo. Todo el país respeta y venera como nosotros, á esa dama joven y bella, honor del bello sexo mexicano, bello sexo que no tiene superior en el mundo, porque quien dice *mujer mexicana*, dice prototipo y conjunto de todos los méritos y virtudes femeniles.

Los Hermanos Orrin que siempre han llevado su óbolo bienhechor á toda obra caritativa, quisieron contribuir á facilitar la instalación de la *Casa amiga de la Obrera*, y le dedicaron en esa noche los productos de una de sus más escogidas funciones. Con razón la Providencia ha protegido siempre á esos artistas empresarios, que habiendo comenzado con humildísima tienda de lona en la plazuela del Seminario, tienen hoy en la de Villamil un casi suntuoso edificio de hierro y de cristales, para sus siempre bien aceptados espectáculos.